

Los espíritus del piano

(Para GERMINAL.)

Traducido del francés por Enrique Garnier

FUÉ en medio de las pesadas tinieblas de aquella vida, en la noche asfixiante que parecía ser más densa cada hora en derredor de él, que comenzó á brillar como una estrella perdida en los espacios sombríos, la luz que debía iluminar su vida: la divina música...

El abuelo había dado á los niños un piano viejo, que uno de sus clientes le había regalado y que había sido compuesto por su paciente ingeniosidad. El regalo no había sido bien acogido. La madre encontraba que siendo el cuarto tan pequeño el mueble iba á estorbar, y el padre dijo que el papá Juan Miguel no se había arruinado: aquello sólo era bueno para leña. Solamente el pequeño Cristóbal se regocijó sin saber por qué. Le parecía que era una caja mágica, llena de historias maravillosas, como aquel libro de cuentos—un volumen de Las Mil y una Noches—del que el abuelo le leía, de vez en cuando, algunas páginas, que los encantaban á los dos. El primer día, había oído á su padre, quien para ensayar las notas hizo salir una pequeña lluvia de arpegios, semejante á la que un golpe de viento tibio hace caer, después de un aguacero, de las ramas mojadas de un bosque. Aplaudió con alegría, y gritó: ¡más!, pero Melchor, desdeñoso, cerró el piano, diciendo que no servía.

Cristóbal no insistió; pero luego daba vueltas sin cesar alrededor del instrumento, y apenas volvían la espalda, levantaba la tapa, y empujaba dulcemente una tecla, como si tocara con el dedo el carapacho verde de algún escarabajo; quería sacar la bestezuela encerrada ahí. Alguna vez, en su premura, golpeaba demasiado fuerte, y su madre le gritaba: ¿no te quedarás nunca tranquilo? ¡No toques nada!; ó bien, al cerrar la caja, se majaba el dedo y se ponía á chuparlo, haciendo muecas dolorosas...

Grande alegría era la del chico cuando su madre salía á trabajar ó á alguna comisión. Escuchaba sus pasos al descender la escala: ya llegaron á la calle; se alejan. Está solo. Abre el piano, acerca una silla, se encarama en ella; sus hombros llegan á la altura del teclado; es bastante para lo que quiere él. ¿Por qué esperó estar solo? Nadie le hubiera impedido tocar, siempre que no hiciera demasiado ruido. Pero él tiene vergüenza de los demás, no osa tocar. Y además, se conversan, se mueven; todo eso disminuye el placer. ¡Es tan bello tocar, cuando uno está solo!

Cristóbal retiene el aliento, para que haya más silencio toda-